EL MEJOR DE LOS MUNDOS

EL MEJOR DE LOS MUNDOS

KENNETH OPPEL

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

GRANTRAVESÍA

El mejor de los mundos

Título original: *Best of all worlds*

Todos los derechos reservados a © 2025 de Firewing Productions, Inc.

Ilustración de portada de Alex Eckman-Lawn
Diseño de portada de Stephanie Yang

Traducción: Pilar Ramírez Tello

D.R. © 2024, Editorial Océano S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2025

ISBN: 978-84-129653-3-9 (Océano España)
ISBN: 978-607-584-124-3 (Océano México)
Depósito legal: B 10242-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.
El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

impreso en españa / *printed in spain*

9005943010525

Para mi familia.

Fabricamos una lápida, aunque no había cadáver que enterrar.

Habíamos esperado mucho para hacerlo. A pesar de lo que había visto, de lo que le había contado a todo el mundo, a algunas personas les cuesta perder la esperanza. Decían: «Puede que te equivoques; puede que fuera una ilusión». Decían: «Puede que siga vivo y esté intentando volver con nosotros».

Sin embargo, al cabo de un par de meses, todos estuvieron de acuerdo en que no tenía sentido seguir postergándolo. Cuando por fin colocamos la lápida, no estaba seguro de que nadie hubiera cambiado de idea sobre nada, pero se notaba que consideraban necesario hacerlo. Era una forma de reconocer el cambio.

Cada uno se despidió a su manera. Hubo lágrimas, adioses entrecortados, plegarias. Yo me guardé mis palabras. Me insistieron una y otra vez en que no era culpa mía, y yo asentí y dije: «Sí, ya lo sé». Aunque no me lo creía. Estaba presente cuando ocurrió. No dejaba de imaginarme comportándome de otro modo: siendo más atrevido, más persuasivo. Cualquier cosa con tal de evitar que muriera.

Mientras estaba allí, junto a la tumba, pensé en las demás personas que había perdido. Mi madre. Sam. La cabeza empezó a darme tumbos por la interminable carretera de los ojalá. Se podía perder mucho tiempo deseando que las cosas fueran de otro modo. Quizá eso formara parte del problema desde el principio: empeñarse en lo imposible.

Sin embargo, ahí seguía, rodando a toda velocidad por esa horrenda carretera llena de baches. Hasta detenerse en los primeros días, cuando llegamos, hace más de tres años.

1

Encendí el móvil en cuanto me desperté porque, de repente, sabía cómo entrar en el castillo. Habíamos perdido mucho tiempo intentando cruzar el foso, saltando sobre los lomos de los caimanes o arrastrándonos bajo el agua con tubos para respirar. Nos habían mordido, derribado con flechas y bañado en aceite hirviendo. Throcknor se había ahogado una vez porque su armadura (de la que estaba tan orgulloso) era pesada hasta decir basta, así que tuvimos que malgastar un hechizo de resurrección para traerlo de vuelta.

Lo que había que hacer era volver como fuera a la aldea, liberar al Grygax de la jaula, darle una cabra de comer para congraciarnos con él y, después, yo me auparía a su lomo sarnoso y le pediría que me llevara por encima de los muros del castillo… volando. Una vez dentro, abriría la puerta, dejaría caer el puente levadizo y entraríamos en tromba a la fortaleza. Seguro que funcionaba.

Tenía que consultarlo con los otros jugadores. En realidad, la opinión que me importaba era la de Serena. Nuestro campamento de D&D estaba en contra de que los grupos de mazmorreo tuvieran «líderes», porque era demasiado jerárquico. Pero Serena era una líder natural y se le daba muy

bien conseguir que los demás jugadores tomaran decisiones que, en realidad, ya había tomado ella.

Serena y yo nos habíamos entendido bien desde el principio. Menos debatir y más jugar. También estábamos de acuerdo en que las actividades atléticas del campamento eran castigos crueles y desmesurados. Los monitores nos obligaban a jugar a atrapar la bandera, a hacer cosas con Hula-Hoops y, a veces, a correr por una pista. Serena y yo siempre nos quedábamos rezagados y hablábamos. A ella le gustaban los videojuegos, pero, como a mí, prefería de largo los juegos de rol de toda la vida: nada más que tú, el papel cuadriculado y tu personaje imaginario, listo para cumplir su misión.

Me alegraba que no fuera a mi instituto y, por tanto, no supiera que yo no molaba nada. Lo único que sabía de mí cuando nos conocimos era que solía jugar con un ladrón de nivel siete que llevaba una capa de invisibilidad.

Estaba bastante seguro de que a Serena le encantaría mi idea del Grygax, pero, cuando intenté abrir el chat de nuestro grupo de mazmorreo, el móvil me dijo que no tenía conexión.

—Venga ya…

Me pregunté si Nia habría apagado el *router* anoche, cuando llegamos. Papá y ella habían dejado sus portátiles en la ciudad, y ella no paraba de hablar de lo maravilloso que sería que no hubiera wifi, porque era muy importante «relajarse». Según Nia, eso se hacía nadando, montando en canoa, leyendo y hablando juntos todo el fin de semana. Lo que era absurdo, sobre todo porque yo tenía que saquear un castillo. ¿Por qué la nueva mujer de mi padre podía tomar decisiones sobre internet?

Salí de la cama para comprobar el *router*. Me asomé a la parte de arriba de la litera, donde solía dormir Sam. Se ha-

bía quedado en la ciudad por un partido de fútbol. Los fines de semana en la cabaña siempre eran menos divertidos sin él, y la verdad es que yo no quería ir. Estábamos en la segunda ola de calor del verano, y el día anterior habíamos alcanzado los treinta y tres grados. La cabaña no tenía aire acondicionado. Por la noche, cuando llegamos, era como una sauna. Abrimos las ventanas y encendimos los ventiladores.

Nia estaba en contra de instalar aire acondicionado porque sólo serviría para empeorar la emergencia climática. Tendríamos que aprender a vivir con el clima extremo que los codiciosos humanos habíamos creado. Se había comido un plátano, se había dado una ducha fresca y se había ido a la cama con el pelo mojado y un ventilador prácticamente encima. Yo había hecho lo mismo (salvo por el plátano) y el caso era que había funcionado bastante bien. Tenía que reconocerlo: a Nia se le daban genial los apocalipsis.

Cuando salí al pasillo, hacía mucho más fresco que la noche anterior, aunque olía raro. Era normal que la casa oliera a humedad al abrir la puerta por primera vez, pero esa mañana tenía un tenue olor químico, como el de las alfombras nuevas. Que yo supiera, no había ninguna.

La puerta de Nia y de mi padre seguía cerrada. Yo solía ser el primero en despertarme los fines de semana, sobre todo últimamente. A Nia le costaba dormir porque, con el bebé dentro, se le había puesto una barriga enorme. Se quedaba en la cama hasta tarde. Papá también.

El *router* estaba en la parte de atrás, en el armarito raro junto al baño. Las luces parpadeaban, lo que era bueno, pero una estaba roja, lo que era malo. Lo desenchufé, conté hasta diez y volví a enchufarlo.

En el salón, me dejé caer en mi sillón verde favorito y le eché un vistazo a mi música mientras esperaba a que el *router* se reiniciara. Sonriendo, repasé las canciones nuevas que Sam me había metido en el móvil el día anterior. Era mi gurú musical. No sólo conocía la mejor música del momento, sino también bandas chulas de las que yo nunca había oído hablar, remontándose incluso hasta los años ochenta. Conocía todos los proyectos paralelos y en solitario, y a los mejores productores y baterías de estudio. Escuchábamos música juntos, y él la desmenuzaba e identificaba todos los instrumentos usados en la mezcla. El día anterior, mientras yo examinaba mi lista de reproducción, había negado con la cabeza con aire triste y afirmado: «Hermanito, necesitas nuevos sonidos urgentemente». Ahora tenía un álbum que se llamaba *Brotherhood* y otro llamado *Is This It*, y un puñado de canciones variadas para ayudarme a superar el fin de semana.

Una cabra baló, y tardé unos segundos en darme cuenta de que ese sonido no entraba dentro de lo habitual en la cabaña. Hasta ese momento no había mirado por la ventana y, cuando lo hice… El lago no estaba. En vez del césped que bajaba por una suave pendiente hasta el muelle, había un granero rojo y unos pastos cercados. Dentro de la cerca había también una caseta con la fachada abierta y, al lado, una cabra marrón y blanca.

Me levanté. A la derecha de los pastos había varias filas de plantas verdes. Más allá, un maizal. Mi cerebro ya estaba contándome una historia, una explicación razonable de cómo podía haber pasado aquello de la noche a la mañana: la construcción del granero, el sembrado de la cosecha, el drenaje de un lago entero. O puede que se hubiera secado por culpa de la cúpula de calor. ¿No pasaban ahora cosas pa-

recidas por todas partes? Me frené. No. No era sólo un cambio. Estaba todo completamente diferente.

Lo normal era que evitara entrar en el dormitorio de mi padre, porque ahora también era el de Nia, pero el asunto era importante. Los dos seguían dormidos. Mi padre tenía una de esas extrañas tiras nasales que Nia le obligaba a ponerse porque roncaba.

—Papá. ¡Papá!

Él levantó la cabeza de la almohada.

—¿Qué pasa?

—Fuera está todo distinto. La cabaña se ha… movido.

Volvió a dejar la cabeza sobre la almohada.

—Xavier.

—No es broma. Estamos en una granja. Hay una cabra.

Por suerte, el balido del animal se oyó al otro lado de la ventana y las cortinas.

—Eso es una cabra, está claro —dijo Nia, que empezó a moverse.

—¡Venid a ver!

Nia se apoyó en los codos y se acarició con cariño el montículo del vientre. Mi padre se sentó con un gruñido y, en calzoncillos y con una camiseta de McGill, me siguió.

—Se habrá escapado —dijo, bostezando—. ¿No tenían los vecinos de más abajo una…?

Al llegar a la ventana, dejó de hablar. Había dos cabras en el pastizal. De los labios de mi padre salió rodando una palabra que sonaba como «mieeerda». Entró en la cocina, cuyas ventanas daban al frente. Nuestro coche no estaba en el camino de entrada. No había camino, punto. No había carretera alguna que nos conectara a las otras casas construidas alrededor del lago. Lo que sí había era más campos de cultivo, un

pequeño huerto de árboles frutales y un enorme cielo azul que lo cubría todo.

Nia se reía en el salón, lo que me hizo albergar esperanzas. Era todo una broma que iban a explicarme ahora mismo. Cuando mi padre y yo nos unimos a ella junto a los ventanales, las vistas seguían siendo las mismas.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó papá.

—Es que no me lo puedo tomar en serio. —Contemplaba el paisaje, negando con la cabeza, vestida con su ropa premamá de yoga de color malva—. Todo lo que se me ocurre es una locura. A no ser que siga dormida.

—No estamos dormidos —le aseguró él.

—Puede que sean pantallas —dije—. Pegadas a todas las ventanas. ¿no?

Mi padre me miró, perplejo.

—¿A quién se le podría ocurrir algo así?

—¡No lo sé! ¿A quién se le podría ocurrir mover nuestro lago?

—No se puede mover un lago —dijo Nia.

—Tampoco una casa —repuso mi padre.

—Sí se puede —repliqué—. Vi un vídeo en el que una gente movía una casa de tres plantas en la plataforma de un camión.

—No con personas durmiendo dentro. Sería un trabajo enorme… y ruidoso, sobre todo en plena noche. ¿Arrancar una casa de sus cimientos? —Entonces se le ocurrió algo, regresó a la cocina y abrió el grifo. Salía agua—. Y no tendríamos cañerías. Ni electricidad. —Pulsó un interruptor y se encendieron las luces. Miró hacia donde antes estaba nuestro camino—. ¿Cómo se llega hasta aquí con un camión de plataforma si no hay carretera? Ni siquiera veo huellas.

—¿No te huele raro? —pregunté.

—Voy a por mi móvil —dijo Nia, impaciente, de camino al dormitorio.

—¿Cómo podemos tener electricidad? —le pregunté a mi padre, mientras señalaba la ventana.

No era sólo que no hubiera camino; es que no había postes de la luz por ninguna parte.

Cuando regresó Nia, llevaba su móvil y el de mi padre, y negaba con la cabeza.

—Sin servicio.

Fuera, en los pastos, las dos cabras balaban.

—¿Dónde demonios estamos? —exclamó Nia, enfadada, como si mi padre o yo fuéramos responsables.

Abrí la aplicación de mapas de mi móvil. En vez de los conocidos contornos de nuestro pueblo, había un espacio vacío. A veces pasaba, cuando no tenías datos; lo que sí era raro es que no estaba el punto azul del GPS.

—No estamos en ninguna parte —les dije, y le enseñé el móvil a mi padre.

Yo había crecido con puntos azules: «Estás aquí. Cuidado, el punto azul viaja contigo adondequiera que vayas. Nunca te perderás ni estarás solo». De repente, fue como si se me encogiera el pecho. Me obligué a respirar.

Nia miró en su móvil.

—Esto es increíble.

Fue a abrir el pestillo de la puerta corredera, pero mi padre le sujetó la mano.

—Espera.

Y, ahora, yo también lo sentía: la primera punzada de miedo. Fuera lo que fuera lo que nos esperaba en el exterior (una granja o un puñado de pantallas), no cabía duda de que era raro.

—Vamos a pensárnoslo un momento.

Mi padre se sentó en el sofá beis que Nia había comprado el verano anterior. Decía que el viejo sofá rojo estaba hecho polvo y olía mal, y tenía razón, pero yo todavía le guardaba rencor por cambiar los muebles.

Papá miró por la ventana. El año anterior, mi clase había visitado la granja St. Claire y había maquinaria oxidada por todas partes, cercas reventadas y alambres retorcidos. Esta granja parecía recién pintada de rojo cereza. Por un lado, estaba cubierta de una enredadera en flor. Parecía sacada de un cuento ilustrado.

—No sé si salir sin más es buena idea —dijo mi padre.

—No parece peligroso —comenté.

Yo también estaba nervioso, pero quería averiguar qué pasaba y dónde estábamos.

—¿Prefieres quedarte aquí encerrado? —le preguntó Nia.

—Puede que venga alguien a explicárnoslo —respondió él, sin demasiada convicción.

—¿Quieres decir que alguien va a llamar a la puerta para decirnos que todo ha sido un error y que nos devolverán nuestro lago la semana que viene? —pregunté.

Mi padre se rio.

—Algo así.

Me imaginé a un hombre con un traje arrugado y maletín. «¿Señor Oak? No sabe cuánto lo siento —diría con acento inglés, porque sí, sin duda, tendría acento inglés—. Hemos cometido un error imperdonable. En la oficina central la han liado bien liada». Eso me arrancó una sonrisa. Y, en ese momento, la necesitaba.

—¿Por qué esperar? —dijo Nia—. Quizás ahí fuera haya alguien que nos pueda ayudar.

Mi padre se levantó.

—De acuerdo, dejad que me ponga los vaqueros.

Aunque no sabía lo que pasaría a continuación, estaba claro que prefería enfrentarse a ello con pantalones. Me fui a mi cuarto y me puse la ropa del día anterior. Después, le envié un mensaje a Sam.

creo que nos han secuestrado???

Cuando le di a enviar, me salió un aviso de «No enviado».

estamos en una granja, no sé dónde

(«No enviado»)

han movido la cabaña entera a una granja

(«No enviado»)

De vuelta en el salón, mi padre estaba vestido y llevaba la típica palanca que se coge por si las moscas. Sabía que la guardaba bajo la cama, pero nunca lo había visto con ella. Mi padre no era un hombre violento, aunque mi madre siempre decía que en las salas de juntas podía ser muy convincente.

—¿Listos? —preguntó, y alargó la mano hacia el pestillo.

Lo dijo con tal seriedad que me hizo preguntarme si de verdad lo estaba. Tenía un poco de miedo, pero, sobre todo, me daba la sensación de que, una vez que abriéramos la puerta y la cruzáramos, nada volvería a ser lo mismo.

—Listo —respondí.